

Alberto Insúa

Un español universal: Blasco Ibáñez

(*Atenea. Revista mensual de ciencias, letras y bellas artes*, año V, nº 1, 1928, pp. 30-34)

Una guerra como la de 1914-1918, una revolución como la francesa o la rusa, cualquiera de estos grandes hechos humanos apresuran el ritmo de la vida y transforman en vórtice su corriente. Cambian la faz del mundo. Destruyen y crean. Originan catástrofes y revelaciones. La guerra de 1914-1918 truncó vidas innumerables, desmembró imperios, produjo nacionalidades nuevas e hizo descollar a algunos hombres —soldados, ingenieros, estadistas— que fueron sus héroes. Uno de estos: Blasco Ibáñez, hombre de acción antes que literato, político antes que artista, siendo, y por manera relevante, literato y artista.

Blasco fue el escritor universal producido, revelado, suscitado más bien por la guerra. La guerra internacionalizó la literatura de Blasco Ibáñez. Sin *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* la fama de Blasco Ibáñez hubiese sido la de esos escritores ilustres que, traducidos a numerosos idiomas, no pierden su fisonomía vernácula, como la de d'Annunzio, que sigue siendo, ante todo, un escritor italiano, y la de un Kipling, que no ha dejado de ser inglés. Desde *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, adoptados como la novela arquetípica de la guerra por los poderosos Estados Unidos, Blasco Ibáñez se convirtió en un como rascacielos máximo de la literatura contemporánea. Ya no necesitaba Blasco escribir en español.

Nunca fue puro el de sus libros. Jamás se preocupó Blasco de escribir bien, «castigando» su prosa, ajustándola o miniándola. No era un miniaturista, ni un retratista, ni siquiera un pintor de conjuntos ordenados, como David. Sino un pintor de paleta archiluminosa y pincel impaciente. Pintaba —es decir: escribía— de prisa. Era un antípoda de Flaubert. No le importaba el pormenor. No era un esclavo de la frase. Se reducía a mover sus figuras, robustas y ágiles, sobre fondos llenos de luz. Pero en su primera época —la de sus libros valencianos— y aún en la segunda, cuando produce sus novelas ideológicas y sociales, escribe todavía en español. Será un prosista apresurado e incorrecto, vibrante y elocuente; dará la impresión de un orador, antes que la de un escritor, pero, insisto, su prosa ofrecerá una primera materia española indiscutible y, en algunas páginas, admirable y hasta deleitable. Ciertas descripciones de Blasco pasarán íntegras a las antologías.

Pero después, no. La boga universal y creciente de sus libros, su temperamento nómada y curioso, que le hace emprender viajes y periplos; su insaciable sed de gloria y de riqueza, hacen de él un escritor *sui generis*. Conforme crecen su nombradía y sus ganancias, disminuye la españolidad de su prosa. Puede decirse que los últimos libros del gran novelista son unos

borradores o argumentos que este escribe para que sean puestos, por traductores y adaptadores inteligentes, en todas las lenguas literarias del mundo.

No se vea en esto una censura. Sino el reconocimiento de una verdad insólita, que suprime en un escritor el obstáculo de la lengua. Blasco había dejado de escribir para los españoles en cuanto españoles. Escribía para estos como para lodo el mundo. Al tomar la pluma para levantar una de sus catedrales barrocas —eso parecían sus libros— no pensaba en los hablistas de Madrid, en los gramáticos de su tierra, ni aun en aquellos de sus compatriotas que buscan principalmente en los libros la belleza formal. Sino que pensaba en sus lectores norteamericanos y franceses, británicos y rusos, nipones y tudescos. Para Blasco, el mundo había dejado de ser la Torre de Babel. Por si fueran pocos sus libros, así elaborados, las reproducciones cinematográficas de sus obras se encargaban de llevar su nombre y su arte —su arte de muchedumbres planetarias— a todos los ámbitos del orbe.

¿Debe afligirnos o debe complacernos el «caso» de Blasco Ibáñez? Complacernos, en mi opinión. Más que complacernos: entusiasmarnos. Porque, en lo substancial y profundo, no es Blasco Ibáñez el que triunfa, sino el genio español. Ese genio le impulsa a conquistar al mundo con su pluma, como impulsó a otros españoles a conquistarlo con su espada. Blasco Ibáñez es de la raza del Cid, de Gonzalo de Córdoba y de Cortés. Su figura no es para analizada por los críticos literarios, gramática y retórica en mano. Demasiado grande y tumultuosa. Son los historiadores quienes deberán estudiarla. Y los psicólogos. La acción política de Blasco Ibáñez —desde que en Valencia fue un tribuno de la plebe, hasta sus actos, que no es tiempo de juzgar ahora, de la guerra y la posguerra— y sus empresas colonizadoras en la Argentina, exigen un historiador que los narre y los juzgue. Y su temperamento y su psique de gran ambicioso, de hombre que se permite decir: «Yo peso en el mundo con mis libros más que España», reclaman un psicólogo sagaz y frío que los analice, discerniendo lo que había de patológico y de sublime en ellos. Un Carlyle y un Freud, en la misma persona, para Blasco Ibáñez...

¡Cuán prematuros y limitados los juicios que, por ahora, se emitan sobre este hombre excepcional! Su figura reclama la distancia, la «perspectiva histórica», como diría el Sr. Ortega y Gasset.

No obstante, algo puede adelantárseles el trabajo a los biógrafos e historiadores futuros de Blasco Ibáñez. No será justo —ni científico— en ninguna ocasión, enfocar la figura de este hombre como la de un literato puro. No lo fue. El hombre de acción y el político son inseparables, en esa figura, del artista.

El «complejo» de Blasco Ibáñez es lo que merece un estudio profundo, no su faceta literaria, que se revela a primera vista.

Faceta espaciosa y luminosa. Hasta sus novelas sociales e ideológicas — *El intruso, La catedral, La horda, La bodega*, etc.— Blasco debe ser considerado como un novelista regional. Es, colocándonos en una actitud literaria y patriótica, su mejor momento. El novelista que, con Pereda, luce la Montaña; y, con la Pardo Bazán, Galicia; y, con Clarín (que muere demasiado pronto y a quien continúa, como heredero, y no epígono, Pérez de Ayala). Asturias; y, con Galdós, Madrid (región interhispanica, encrucijada nacional): y, en cierto modo, con Alarcón y Valera, Andalucía; ese novelista *natal* lo luce Valencia con Blasco Ibáñez. Sin hipérbole, sin apasionamiento, con mera justicia, pueden elevarse *La barraca, Flor de mayo* y *Cañas y barro*, a la categoría de novelas regionales maestras. «Son —se dice— lo mejor de Blasco Ibáñez», y es verdad. Son lo más puro y espontáneo del novelista. Lo más ungido por las gracias de las musas. Lo más artístico. Ahí están la juventud soñadora del escritor y su emoción patriótica, la de su patria íntima, y no política, la del «pequeño mundo» —con su tierra, su cielo y su mar propios— en que nació.

Luego, Blasco Ibáñez se españoliza. Quiere abarcar toda —o casi toda— España en sus libros. Y nos da un Toledo, un Madrid, un Bilbao, un Jerez y una Sevilla «a su modo». Este modo es, sin duda, el de sus maestros de la escuela realista —Zola en primer término— pero el ritmo es otro: más rápido y más poético. La poesía es en Blasco un don del Mediterráneo —luz— y le sirve para encender y dorar los turbios cuadros del naturalismo. Zola es tristón, tiene el color de París bajo la lluvia. Blasco conservará toda su vida el color alegre de Valencia. Es oportuno aquí señalar el nombre de d'Annunzio como el de uno de los inspiradores de Blasco.

Por fin, con *Sangre y arena* se extranjeriza. Véase el proceso: regionalismo, españolismo, cosmopolitismo. El escritor evoluciona instintivamente. Tiene hambre y sed del mundo. E irá atacando, a trozos, paulatina, pero vorazmente, el recio manjar y el fogoso licor.

En 1917 Blasco es conocido en casi todo el mundo. Francia le acoge «como a un fuerte escritor latino» y ve en él «una variante mediterránea de Zola». Es la gloria. Pero una gloria condicionada y subalterna. Germanófilo en lugar de francófilo, Blasco no hubiera sido nada para Francia. Irrumpen al galope en el estadio de las letras los cuatro caballeros apocalípticos. Una traductora norteamericana los define, con temeridad, por el belfo de los corceles... Y el lector conoce el resto de la historia. Norteamérica lanza al mundo, a todos los mercados del mundo, en ediciones impresas y cinematográficas, los argumentos de Blasco Ibáñez, que ha dejado de ser español, para convertirse en el hombre que provee a todas las librerías y cinematógrafos del universo.

Sí. Pero este hombre ha nacido en España. Es de la raza del Cid y del temple de Hernán Cortés. Al concluirse el estudio de su figura, el historiador y el psicólogo no podrán, con rigor científico, prescindir de este dato. Y España

lo incorporará orgullosa —con razón absoluta— a la galería de sus grandes hombres.

Y no seré yo de los que silben en la apoteosis de Blasco Ibáñez. Porque —lo dejaba para lo último— le quise y le admiré con todos sus defectos de escritor y de hombre, que la distancia histórica borrará. Insisto: Blasco Ibáñez, Hernán Cortés...